

# La antigua Roma y la ideología de la revolución norteamericana

M.<sup>a</sup> Diana GARCÍA DE QUEVEDO RAMA

Centro de Estudios Avanza (Madrid)  
digardequevedo@hotmail.com

## RESUMEN

Este artículo se centra en la comprensión y uso de la Roma Antigua, especialmente de la época republicana, por parte de los estadistas norteamericanos en los años de emergencia de los Estados Unidos. Se aborda el papel desempeñado por George Washington y Thomas Jefferson como intérpretes de las fuentes e ideas romanas sobre la dictadura y la democracia como fundamento de las instituciones americanas. Finalmente, analizamos cómo la actitud americana ante la esclavitud se fundamenta en la idea de la esclavitud romana.

**Palabras clave:** Roma, modelos políticos, ideas, fuentes antiguas, dictadura, democracia moderna, instituciones romanas.

## ABSTRACT

This article focuses on the understanding and use of ancient Rome, specially Republican Roma, by the American statesmen in the years of the emerging U.S.A. We deal with the role played by George Washington and Thomas Jefferson as transmitters of the Roman sources and ideas on dictatorship and democracy for the foundation of the American institutions. Finally, we analyse the way American slavery was excused on the basis of Roman slavery.

**Key Words:** Rome, political models, thoughts, ancient sources, Dictatorship, modern Democracy, Roman institutions, slavery.

En el último tercio del siglo XVIII, los Estados Unidos se encontraron ante la posibilidad de construir lo que podía haber sido el sueño del Iluminismo europeo, algo que la humanidad creía no conocer. Todas las naciones del viejo mundo habían crecido, trazado y revisado sus fronteras a partir de naciones o realidades estatales inmemoriales y al compás de los vientos impuestos por la historia y las guerras, a menudo de forma poco premeditada.

Ahora, se trataba de algo que los americanos veían como muy diferente: la tarea consciente, surgida del acto de voluntad de un pueblo, de hacer surgir una nación nueva en un territorio virgen de historia y en donde no existía una cultura occidental antigua. Deberían crear todas sus estructuras políticas, fórmulas de gobierno, constitución, cámaras, ejército y capital. Para ello, echarán mano de cuantas armas estén a su alcance: las políticas, las militares, las sociales y también, con una intensidad difícil de encontrar en las naciones europeas, las ideológicas. En un ambiente

de desafío y de especial euforia, después de conseguida la independencia de las colonias, los norteamericanos involucrados en esta labor intentarán convertir sus instituciones, realmente incipientes y provinciales, en los fundamentos de una auténtica nación y para ello la imagen de la antigua Roma, especialmente la idea de república romana, que conocían y que al mismo tiempo fueron capaces de remodelar y adaptar a sus necesidades, cumplió un papel político y cultural sin parangón en la historia.

Sin embargo, ¿cuál era el nivel real de conocimiento de los terratenientes, profesionales burgueses, militares y políticos que formaron las primeras cámaras independientes acerca del mundo romano, de su historia, sus fuentes, su arqueología? Salvo excepciones, podríamos decir que escaso cuando no inexistente. Pese a ello, utilizaron su interpretación de la Antigüedad con una agilidad que cualquier filólogo inglés o historiador alemán de la época habría denominado atrevida, cuando no pasmosa. La idea de una república romana que debió de ser incorrupta y austera, de una inimitable simplicidad es una directriz en la ideología de la revolución. La imaginaria latina penetró las vidas, las mentes y los discursos de los revolucionarios americanos<sup>1</sup>.

En un país en donde las obras clásicas y mucho más los estudios superiores y el conocimiento del latín estaban a disposición de pocos, no por casualidad, los principales propagandistas de las ideas de revolución, independencia y república eran, precisamente, los pocos especialistas en el latín y en la antigüedad romana de que disponían: muchos de ellos habían sido sacados directamente de las universidades para penetrar en el mundo político y militar de la naciente Unión. La mayoría firmaban sus libros políticos e incluso sus proclamas y panfletos populares con seudónimos en latín y de fuerte resonancia romana.

Cuando las colonias del Este decidieron el boicot contra las importaciones inglesas y los bienes de consumo, especialmente los objetos de lujo, empezaron a escasear, los dirigentes justificaron el sacrificio necesario de la burguesía con altisonantes frases y escritos acerca de la frugalidad y la abstinencia de los primeros romanos empeñados en crear una nación<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> S. Elkins y E. McKittrick, *The age of Federalism*, New York, 1993, p. 48.

<sup>2</sup> *Ibid.*

También intervino en gran medida, entre los mitos en torno al estallido de la guerra de independencia, la cuestión del *senatus consultum ultimum*, que entendieron, al menos en lo que se refiere a los inicios de la República, más que como un decreto de la República oligárquica, apoyado en la *auctoritas senatus*, como la idea del “pueblo en armas” llamado por sus dirigentes en momentos de enorme gravedad para el bien común (Caes., *B.C.*, I,V, 3-5 y I,VII, 5: *Quotiescumque sit decretum darent magistratus operam ne quid respublica detrimenti, caperet, qua voce et quo senatus consulto populus Romanus ad arma sit vocatus* (...), ed. Julio Calonge Ruiz, Gredos, Madrid, 1979). Cf. Cic., *Cat.*, *Orat. Prima*, II, 4 : *Decrevit quondam senatus ut L. Opimius consul videret ne quid res publica detrimenti caperet* (...) y *Orat. Quarta*, VI, 13 (ed. Francisco Campos Rodríguez, Gredos, Madrid, 1982). Igualmente se encuentra, para ellos, en relación con la idea de la superioridad del ejército de ciudadanos que defienden su patria sobre los mercenarios enviados a combatir en suelo extranjero. Ver Arr., *Anáb.*, II, 7, 4-5. Para el tema, también muy debatido, del *senatus consultum ultimum* en relación con el encubrimiento de golpes militares personales ver R. G., I y Suet., *Aug.*, 26.

Los primeros presidentes, senadores y congresistas volcaron todo su peso al servicio de una idea que, a menudo, se concretaba en una curiosa mezcla de pureza republicana con anhelo imperial.

Originales concepciones de lo que debía ser el ideal cosmopolita de la Antigüedad dirigieron a los arquitectos que se importaban de Europa y a los mismos americanos, en una nación en la que la arquitectura pública y privada tuvo una enorme importancia y en la que el mismo Jefferson, notable arquitecto, hacía de muchos conceptos estrictamente estéticos, filosofía y ética política.

Maravillosas prefiguraciones sobre la contraposición al cosmopolitismo, es decir, el ideal rural de los latinos, llenaban las mentes de los diseñadores de jardines y de los mismos burgueses en una cultura intensamente volcada en el huerto, como ámbito vital y productivo y no sólo como ornamento. Así, surgieron espacios como los jardines de Mount Vernon en la residencia de George Washington, a 16 millas al sur de la capital federal.

La antigüedad latina, al contrario que en Inglaterra, tuvo más fuerza atractiva para la naciente sociedad que el mundo griego. El diseño de su capital, creada como una auténtica “caput mundi”, y los elementos de protocolo externo que rodearon a la Cámara de Representantes, al Senado y sobre todo al Presidente, concebido como un auténtico “primero entre iguales”, representan sólo lo más visible de la influencia de la república y el primer imperio romanos y, como veremos, se han fijado en la psicología del pueblo americano, hasta la actualidad, trascendiendo por completo el nivel ceremonial.

Cuestiones más profundas, como la preeminencia, en aspectos esenciales de la política americana, del Senado sobre la cámara baja, como la conquista del oeste o como la curiosa síntesis de protestantismo e interpretaciones sobre la antigua Roma, que justificaron el orden de producción esclavista en los estados confederados hasta la guerra civil, son menos evidentes y requieren una reflexión específica.

Los movimientos románticos de Europa, en especial el alemán y el francés, pusieron de manifiesto, incluso antes de que tuviese un contenido real en la propaganda norteamericana y en los símbolos nacionales del nuevo estado, lo que podemos definir como una idea de pureza histórica: sólo aquellos pueblos vírgenes de historia, no maleados por la larga agonía de un estado poderoso en lucha con los sojuzgados y con su propia corrupción y decadencia interna, pueden ser los portadores del progreso y de la evolución. Poseen en sí una fuerza que Schopenhauer llamaría después “voluntad” y que les conduce inexorablemente —a través de la necesidad de que habla a menudo el mismo Schopenhauer— hacia su “destino manifiesto”, idea muy cara al siglo XIX americano y que se plasma en la doctrina Monroe<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> James Monroe (1758-1831), presidente entre 1817 y 1825. Dio apoyo y reconocimiento a las nuevas repúblicas hispanoamericanas y declaró todo el hemisferio libre de colonialismo europeo aunque, de hecho, siguió consintiendo la presencia de algunos protectorados británicos. Su doctrina “América para los americanos” contenía el germen del llamado “destino manifiesto”, que proporcionó a los norteamericanos el arma ideológica para acompañar su expansión hacia el oeste y hacia México y la colonización económica del continente. *National Cyclopaedia of American Biography*, New York, 1882-, Monroe...

Para estos románticos es una ley que los pueblos puros, los grupos humanos libres de historia, son los principales responsables de la caída de los grandes imperios y, al cumplir su destino, dan origen a las naciones sucesivas y a formas jóvenes y renovadas de gobierno y de contrato social. Es así, a menudo de forma traumática, como la humanidad se reinventa a sí misma. El caso más utilizado para ejemplificar esta cuestión fue el de la superposición de los bárbaros del norte sobre el Imperio Romano, impotente, en su decadente sofisticación, siquiera para comprender la naturaleza de la amenaza.

“Curioso será observar que casi todos aquellos pueblos llamados *bárbaros*, que conquistaron el Imperio Romano, y a los que deben su origen las naciones modernas, habitaban en la parte allende de los límites del mundo conocido por Plinio y Estrabón, es decir, en los países cuya existencia ni aun se sospechaba”<sup>4</sup>.

Francois-René de Chateaubriand (1768-1848) publicó una descripción de sus viajes por América en 1827. Casi al principio, escribe estas líneas que acabamos de citar, a manera de metáfora. Durante toda la obra es posible encontrar, meridianamente expuesto o de forma velada, la trasposición constante entre lo que los bárbaros fueron para el Imperio Romano y lo que la nación de los pioneros, surgida en la tierra de la que el viejo continente no tenía noción pocos siglos antes, será en un futuro cercano. Para él, no existe la menor duda de que la nueva república, nacida en un contexto de pureza histórica y en el territorio virgen tan querido a los románticos, sustituirá a los viejos imperios europeos en el dominio del globo, igual que los pueblos germánicos sustituyeron al Imperio Romano, ya inútil para hacer progresar la historia de Occidente.

En su afán por revestir estas ideas de alguna suerte de improbable vinculación entre los burgueses del naciente continente nórdico y aquellos pueblos bárbaros de la Antigüedad, afanados en crear una realidad nueva sobre el mapa romano, los románticos –y en particular Chateaubriand– son los primeros que defienden la idea de una presencia bárbara en América del Norte, mucho antes del descubrimiento del continente por parte de Cristóbal Colón.

Esta posibilidad, junto a la realidad de la inmigración en una sociedad erigida en crisol de razas –como lo fue la Europa bárbara y también, antes, el imperio romano– colma las aspiraciones poéticas de Chateaubriand<sup>5</sup>, de alguna manera extasiado ante lo que considera como el nacimiento y consolidación de la nación

<sup>4</sup> F. R. de Chateaubriand, *Viaje a América*, Buenos Aires, 1944, p. 19.

<sup>5</sup> La misma idea de la nación de pioneros, planteada por Chateaubriand, está en profunda conexión con su noción del mito de Ítaca y su visión de América como tierra de libertad se relaciona para él, muy probablemente, con la visión literaria del surgimiento de Roma para los desterrados de Troya, durante el principado de Augusto: *Roma si vestrum est opus Iliaque / litus Etruscum tenere turmae, / iussa pars mutare Lares et urbem / sospite cursu, / cui per ardentem sine fraude Troiam / castus Aeneas patriae superstes / liberum munivit iter, daturus / plura relictis: /* (Hor., *Carm.*, *Carmen Saeculare*, 37-44, ed. Jaume Juan, Bosch, Barcelona, 1987).

de naciones, ideal vital y literario que recogerá después, con perfección conmovedora, Walt Whitman<sup>6</sup>.

En esta línea, la leyenda de que navegantes de la Europa bárbara, específicamente irlandeses, fueran los descubridores de América<sup>7</sup> aún perdura en algunos cuentos populares de Massachusetts y en baladas irlandesas. Massachusetts no sólo es el estado que, durante todo el siglo diecinueve, conocerá una inmigración irlandesa sin tregua y en donde se asienta, hasta la actualidad, el poder político y social de la población irlandesa de Estados Unidos sino que también es la colonia de los padres fundadores y el lugar en donde se escribieron y propagaron, primeramente, los principales mitos de la nación americana.

En un contexto en donde la simbología romana jugará un importante papel, sobre todo entre los estadistas, paradójicamente, se utiliza también el rechazo de esta herencia a nivel propagandístico. Aquí es donde entra directamente la idea romántica de pureza de la que hemos hablado y surge la pregunta: ¿es posible que sea precisamente la falta de raíces históricas lo que dio a los Estados Unidos su especial potencia?; ¿tal vez la peculiar democracia americana, su surgimiento casi de la nada, provenga de hallarse menos lastrados que Francia, Alemania e Italia con la idea de la herencia grecorromana y con sus largos siglos de desvirtuación de los principios esenciales? De esta forma, mientras se busca en Estados Unidos, desesperadamente, alguna suerte de raíz histórica, a menudo se presume justamente de lo contrario.

En los inicios de la nación y, sobre todo, durante su expansión hacia el oeste, se configura un mito esencial hasta nuestros días: el del patriotismo, única fórmula por la que puede sobrevivir una nación que se constituye en federación de forma muy

---

<sup>6</sup> Walt Whitman, considerado el más importante poeta norteamericano del siglo XIX y definidor de algunos de los grandes mitos del llamado “sueño americano”, nació en West Hills, Long Island (Brooklyn), el 31 de mayo de 1819 y murió en New Jersey, el 26 de marzo de 1892.

*Leaves of Grass*, un extenso volumen que reúne lo fundamental de su poesía, de signo rebelde y panteísta y de una sorprendente modernidad formal, fue publicado por vez primera en 1855. Walt Whitman, *Hojas de hierba*, ed. Francisco Alexander, Mayor Pujol, Barcelona, 1981, p. 4 ss.

<sup>7</sup> F. R. de Chateaubriand, *op. cit.*, pp. 33-4, trad., Manuel M. Flamant (1854): “Desde la caída del Imperio Romano y la reconstrucción de la sociedad por los bárbaros, ¿no habrá tocado en las costas de América alguna otra nave anterior a la de Cristóbal Colón? Respecto a este punto parece indudable que los rudos exploradores de los puertos de la Noruega y del Báltico encontraron la América septentrional en el primer año del siglo XI. Descubiertas por ellos las islas Feroë hacia el 861, la Islandia de 860 a 872, y la Groenlandia en 982 o tal vez cincuenta años después, en 1001 un irlandés llamado Biorn fue arrojado por una tempestad al Sud-Oeste cuando pasaba a la Groenlandia, y cayó en una tierra cubierta de bosques. Vuelto a la Groenlandia, contó su aventura, y Leif, hijo de Erico Randa, fundador de la colonia noruega de Groenlandia, se embarcó con Biorn; a fuerza de trabajos encontraron la isla vista por éste, y del aspecto agreste que presentaba la intitularon Helleland, isla rocallosa, y Mareland, ribera arenosa. Arrastrados a una segunda costa, siguieron mar arriba una ribera, e invernaron en la orilla de un lago. En aquel sitio el sol permanece ocho horas en el horizonte en el día más corto, y un marinero alemán al servicio de los dos jefes les mostró algunas vides silvestres: Biorn y Leif, al abandonar aquella tierra, la bautizaron con el nombre de Vinland.

Desde esta época, el Vinland ha sido frecuentado por los groenlandeses, que mantienen con los salvajes el comercio de peletería, y en 1121 pasó de Groenlandia a este país el obispo Erico, para predicar el evangelio a los naturales.

Imposible es desconocer que estos detalles se refieren a alguna parte de la América septentrional, situada hacia los 49º de latitud, puesto que allí en el día más corto, según las observaciones de los viajeros, el sol permanece ocho horas en el horizonte Terranova”.

temprana. La tensión entre el poder central y los poderes estatales se salva sólo por la consideración de pertenencia y fidelidad a una unidad mayor: la de la Unión, que exige un patriotismo sin concesiones y una exagerada concepción de la virtud del valor como base de todas las demás. Incluso hoy día, la mayor parte de los americanos continúan admirando el valor de forma fundamental y, si trasladamos el valor a la esfera del servicio público, nos encontramos quizá ante la gran constante de la mitología americana contemporánea: un auténtico concepto de “virtus”, aparentemente vinculado de forma absoluta a su interpretación de los ideales que habrían mantenido a la república romana.

Esta “virtus”, pues, entendida en el sentido republicano romano y en la más pura tradición de Tácito<sup>8</sup>, constituyó, según los primeros estadistas americanos, una fórmula esencial de pervivencia, que retardó en lo posible la disolución del Imperio Romano, y así funcionó ideológicamente en los inicios de la república americana, que se contempló a sí misma en el futuro como la patria inmortal, la nación universal con la que soñó Alejandro<sup>9</sup> de Macedonia.

Pronto unirían todos los recursos de una economía que se hacía independiente y de una original forma de entender la Ilustración y los comienzos de un Romanticismo autóctono para dar a aquella unión de estados una capital que, como una nueva Roma, debía constituirse en la ciudad eterna del mundo moderno: Washington, D.C.

Este cúmulo de necesidades unía la revolución americana a la República romana<sup>10</sup> con más fuerza que a cualquier otro movimiento o momento histórico de tipo

<sup>8</sup> K. Christ, “Der Untergang der römischen Reiches”, *Wissenschaftliche Buchgesellschaft*, VI, 1970, p. 3. Tác., *An.*, III, 40, 1-2; IV, 38.

*Liv.*, XXVI, 13, 15-19; 14, 1-5; 19, 1-9; XXX, 29, 10-15, 23.

La virtud pública y el valor militar se encuentran intrínsecamente unidos en la tradición norteamericana más que en ninguna otra civilización occidental. Asentada en la trasmisión norteamericana de los episodios de la guerra del Peloponeso (Tuc., I, 84 y II, 43) es fundamental para una nación que publicita la idea de la búsqueda de la felicidad como un derecho inalienable. Esta felicidad sólo se obtendría a partir de la libertad y ésta sería inalcanzable sin el valor: “(..) En la consideración de que la felicidad se basa en la libertad y la libertad en el valor.” (Tuc. II, 43, ed. Francisco Romero Cruz, Cátedra, Madrid, 1988). Estos principios serían de especial relevancia en las enseñanzas medias y en las prestigiosas academias militares hasta bien entrada el siglo XX. La tradición se continuaría a través de un enfoque parecido de la historiografía sobre Roma. No sólo Tácito sino, esencialmente, Catón y Plutarco incidieron sobre la consolidación ideológica de esta noción, en primer lugar entre los padres fundadores y después en la educación burguesa. Ver Plut. *Cor.*, XIV, 219F-220A; cf. Plut., *Mor.*, 276C; 317C-E; 320B-F y Alejandro, paradigma de la unión entre Virtud y Fortuna, 344B-D-E.

La idea, muy arraigada en las primeras décadas de la república americana y profundamente ligada a la figura del “pionero”, de que la salvaguarda del Estado descansaba, no tanto en las instituciones como en las acciones individuales que, en definitiva e incluso inconscientemente, tienden al bien común, proviene de esta concepción romana de virtud y, también, de la utilización, como libros de enseñanza de oratoria, de textos griegos. Es idéntica, por ejemplo, referida a las batallas de Maratón (490 a.C.) y de Salamina (480 a.C.) y Platea (479 a.C.), en Demóstenes, *Discurso fúnebre*, 10 (ed. A. López Eire), *Discursos Políticos*, vol. III, Gredos, Madrid, 1985: “Aquellos hombres, solos, rechazaron dos veces, por tierra y por mar, la expedición que había llegado reclutada de Asia entera, y mediante sus peligros, afrontados individualmente, se convirtieron en causantes de la común salvación de todos los griegos”.

<sup>9</sup> A. Thierry, *Introduction á l'histoire universelle*, Bruxelles, 1836, p. 19.

<sup>10</sup> Los dos estudios más interesantes sobre la influencia clásica, especialmente romana en la cultura norteamericana de la revolución son, sin duda, y a pesar de su relativa antigüedad, el libro de Gummere, R. M.,

parlamentarista, porque, ¿en donde podían buscar su espejo estos pioneros del parlamentarismo americano sino en Roma?<sup>11</sup> La evolución legislativa de Roma era más próxima y más conocida para ellos que la de las ciudades estado de Grecia, pero Roma, en última instancia, los vinculaba a la democracia ideal griega y a la democracia de base espiritual y filosófica más que práctica, por cuanto la misma Roma había acudido a Grecia para importar gran parte de sus leyes iniciales a fin de que los decenviros las fusionaran con sus tradiciones consuetudinarias<sup>12</sup> y dotaran a éstas de una base apoyada en la razón como bien superior del género humano. El renacimiento italiano, más cercano en el tiempo y aparentemente vinculado también a la Antigüedad, no les servía. Para ellos, sus repúblicas devinieron en tiranías dinásticas antes de crecer y, además, estaban demasiado mezcladas con el cesarismo papista. La experiencia de Cromwell era poco estimable: se convirtió también en una forma de dictadura cesarista y no podía ser admirada en un país que consagró a Catón como héroe de la libertad frente a César, símbolo de la destrucción de la República<sup>13</sup>. Además, el parlamentarismo británico era exactamente eso: británico, en un momento en que se hacía necesario deshacerse de la metrópoli y del “padre” histórico a toda costa. La revolución francesa, que se inició en plena afirmación de sus propias instituciones, constituyó un importante apoyo en principio. Sus ideales se veían asistidos, de alguna forma, desde Francia, y florecieron las “sociedades democráticas” americanas pero el golpe de estado de Bonaparte vino a dar al traste con esta coalición sentimental y trajo de nuevo a las mentes americanas el fantasma del cesarismo.

Aunque la alianza de las monarquías europeas no salga mejor parada, la interpretación específica de la figura de Napoleón que hace Jefferson es fundamental

---

*The American Colonial Mind and the Classical Tradition: Essays in Comparative Culture*, Cambridge, Massachusetts, 1963, especialmente en sus capítulos 1, 10 y 11 y el artículo de Ch. F. Mullet, “Classical Influences on the American Revolution”, *Classical Journal*, XXXV, Nov. 1939, pp. 95-102.

<sup>11</sup> Los primeros estadistas independientes concibieron la Unión como una federación de estados unidos por decisión de sus ciudadanos, en libertad e igualdad, pero los estados del sur, paulatinamente, fueron viendo a la Unión como el imperio del gobierno central, crecientemente tomado por los intereses del norte, sobre sus estados federados, a la manera de la república romana, para su daño, y cuando se produjo la guerra civil y la llamada reconstrucción del sur, los estados vencedores nunca reconocieron que el sur hubiera tenido alguna vez la libertad legal de abandonar la Unión y los perdedores se contemplaban a sí mismos tratados con la dureza y la pretendida condescendencia que pensaban Roma había ejercido sobre las ciudades federadas que intentaban separarse: (...) *sed pleraque eorum, quo debuerint reccidisse, foederumque ruptorum ipsos ab se graviore multo quam populus Romanus voluerit, poenas exegisse*. (Liv., XXV, XXXI, 4, ed. Aurea María Martín Tordesillas, Gredos, Madrid, 1977). Cf. Tuc., I, 97, para la misma cuestión, con Atenas como referente.

<sup>12</sup> D. H., X, 51, 5; X, 52, 4; X, 57, 5.

<sup>13</sup> Séneca, *Epístolas*,..., 24; 6-10 (ed. Ismael Roca Meliá), Gredos, Madrid, 1994, sobre Catón de Útica, como paradigma de la virtud estoica y *Epístolas*, 71, 8-17, como héroe de la República. La idealización subsiguiente de la figura de Bruto en la sociedad norteamericana del siglo XIX procede, en primera instancia, de Shakespeare, a través de la tradición escénica británica, especialmente exaltada en el primer Romanticismo y sólo, en segunda instancia, de las fuentes: de Tac., *Dial. de Orat.*, 25, 6-7 (ed. J. M. Requejo), Gredos, Madrid, 1999: “Bruto fue el único que no exteriorizó sus opiniones con envidia ni malevolencia, sino con sencillez y sinceridad. ¿Sentía hostilidad hacia Cicerón alguien que ni siquiera, en mi opinión, la sintió hacia César?” y, esencialmente, de Plutarco, en donde Bruto está tratado con mayor ambigüedad: Plut., *Dion and Brutus*, X, 1-4; XIII, 1-5; XIX, 1-3; *Comparison of Dion and Brutus*, IV. cf. Cic., *Del supremo bien*..., III, 2, 6.

para entender el pensamiento de su tiempo y, a su vez, sus escritos fueron claves a la hora de que Bonaparte se convirtiese en el “antihéroe” de la cultura republicana de los Estados Unidos<sup>14</sup>.

Con el profundo convencimiento de que Europa, en su conjunto, por sus lastres históricos, se hallaba incapacitada para la democracia, los ideólogos y estadistas americanos se encontraron, a finales del siglo XVIII, convencidos de que, por el momento, estaban solos con su obra y con Roma<sup>15</sup>.

El carácter de la Presidencia, la existencia de un Senado de gran fortaleza frente a la tradición europea que optaría por una mayor dejación de poderes en la Cámara Baja, incluso la arquitectura de la capital, pronto transmitirían una iconografía y una ideología marcadamente romanas.

## GEORGE WASHINGTON Y CINCINATO

En este ambiente en que los dirigentes de la nación, en sus vidas, en el campo de batalla y, especialmente, en el momento en que traspasaban las puertas del Congreso trataban de comportarse como auténticos romanos, George Washington<sup>16</sup>

<sup>14</sup> Th. Jefferson, “Bonaparte and Plato...”, *Letters*, New York, 1984, p. 1340: “Bonaparte sólo fue bueno en el campo de batalla. En la vida civil era un sanguinario, un frío usurpador carente de principios, sin una sola virtud, sin dotes de estadista, desconocedor absoluto del comercio, de la economía política y del gobierno, que suplía su ignorancia con una petulante presunción. Yo le suponía un gran hombre hasta su golpe de estado en la Asamblea, el 18 Brumario. Desde esta fecha le tengo clasificado como un auténtico bribón”. Ver también pp. 1360-1. Jefferson escribió este breve aunque profundo y emocionado ensayo sobre la república ideal, que Roma habría debido defender con mayor dignidad y su decadencia por la corrupción de la dictadura —encarnada en Roma por César y en su época por Napoleón— a manera de carta a John Adams, ex-presidente (1797-1801) y amigo personal, queriendo remedar el tipo de correspondencia que había mantenido Cicerón con Ático. La epístola fue escrita en su retiro de Monticello, el 5 de julio de 1814.

<sup>15</sup> La idea de que la democracia era imposible en Europa estaba vinculada, en nuestra opinión, a la adhesión a un principio de purismo que podríamos llamar casi un “integristo”. Partía no sólo del análisis de los sucesos históricos en el viejo continente sino del convencimiento de que no podía existir democracia mientras Europa no se liberase de su clase nobiliaria y de sus instituciones monárquicas, lo que no parecía muy probable a corto plazo. No sólo la nobleza de sangre se prohibía en Estados Unidos sino que no concebían que ninguna constitución nacional pudiera albergar en su seno los artículos democráticos y la monarquía simultáneamente, sin autoanularse como tal constitución.

<sup>16</sup> Los escritos de George Washington se encuentran publicados en la ingente edición crítica de Fitzpatrick (*The Writing of George Washington*, John C. Fitzpatrick, ed., Washington, D. C., 1931-41, 39 vols.). De esta enorme cantidad de información, lo más interesante para nuestro estudio son sus diarios, de los que también existe una edición separada más manejable: *The Diaries of George Washington* (Donald Jackson and Dorothy Twohig, eds.), Charlottesville, 1976-79. Una fuente fundamental para comprender el papel de Washington para los románticos y su simbolismo como paradigma del ideal romano republicano es el libro de F. R. de Chateaubriand, *Travels in America 1827*, N. Y., 1969. A este respecto, ver también G. Wills, *Cincinnatus: George Washington and the Enlightenment*, Garcen City, N. Y., 1982; A. Matthews, “Some Sobriquets Applied to Washington”, *Publications of the Colonial Society of Massachusetts*, VIII, 1906, pp. 275-87 y Ch. F. Mullet, “Classical Influences on the American Revolution”, *Classical Journal*, XXXV, Nov. 1939, pp. 92-104. Su relevancia como paradigma de estos ideales en el seno de la revolución se encuentra presente, también, en los estudios de J. Th. Flexner, *George Washington in the American Revolution, 1775-1783*, Boston, 1968 y B. Baylin, *The Ideological Origins of the American Revolution*, Cambridge, Mass., 1967, siendo también de interés la plasmación de estas ideas a nivel documental: L. G. DePauw et Al., eds., *Documentary History of the First Federal Congress of the United States of America*, Baltimore, 1972.

representó la quintaesencia del ciudadano republicano, austero, sabio e incorruptible. En multitud de escritos nacionales y extranjeros se le comparó con los héroes de los albores de Roma y en los Estados Unidos se le conocía, entre otros sobrenombres, por el de “Fabio”<sup>17</sup>, mientras que James Madison gozó del título extraoficial de “Censor de la República”.

Uno de los libros de cabecera de Washington, sobre todo durante su juventud, fue el *Catón* de Addison. Años más tarde hizo representar la obra a sus tropas acantonadas en Walley Forge. George Washington fue “Fabio” y “Catón” para ellos mientras los condujo a la batalla y, cuando se hizo la paz, se le llamó constantemente “Cincinato”<sup>18</sup>.

“La comparación con Cincinato es acertada –escribía en 1788 Brissot de Warville, después de una visita a George Washington– porque este famoso general es ahora un sencillo hombre de campo enteramente dedicado al cuidado de su granja”<sup>19</sup> y, tres años más tarde, Chateaubriand se refería a él en términos semejantes: “Cuando me vi ante él, con mi carta de presentación, reconocí la sobriedad de un romano de la vieja época”<sup>20</sup>.

Washington resumió en su persona una contraposición de su siglo americano: el ideal cosmopolita y el ideal rural. La ciudad de Washington D.C. y los huertos de Mount Vernon llegarían a simbolizar para los Estados Unidos la expresión plástica de esta doble fórmula de ser y de vivir. Ambas nociones constituían las dos mitades de un todo, aparentemente opuestas pero que no podían existir la una sin la otra. Los norteamericanos del momento creían que en la antigua Roma ambos ideales coexistieron también durante la República. Por un lado, el buen gobierno y la expansión de los derechos ciudadanos debían representar y lograr la misma expansión de una nación que, con sus fórmulas racionalistas, se veía llamada a convertirse en una “caput mundi”; por otro lado, esta nación no debía perder en el camino el principio en que se basaba su concepción del hombre y del ciudadano: su vinculación a la tierra, su conexión con las cosas primigenias y simples en donde se asentaba toda virtud<sup>21</sup>.

---

<sup>17</sup> Flor., I, XXII, 27. Precisamente, a partir de las fórmulas estratégicas que utilizó Washington en las batallas contra los británicos y por el epíteto con el que se le nombraba, se creó, en el idioma inglés, el adjetivo de uso militar “*fabian*” (fabiano o de tácticas fabianas). El otro gran referente estratégico de Washington, así como de Bonaparte y, curiosamente, de sus principales enemigos, los generales del zar era, al menos a nivel teórico, César, especialmente el César del primer libro de la guerra civil (Caes., *B.C.*, I, LXXIX-LXXX).

<sup>18</sup> D. H., X, 5, 1; X, 17-19; X, 23-25.

<sup>19</sup> Brissot de Warville, citado en S. Elkins y E. McKittrick. *The age of Federalism*, New York, 1993, p. 49.

<sup>20</sup> F. R. de Chateaubriand, *op. cit.*, p. 80.

<sup>21</sup> Puede leerse el que tal vez sea el más lúcido análisis del simbolismo de Cincinato y de los ideales cosmopolita y rural ligados a la figura de Washington en Wills, G., *Cincinnatus: George Washington and the Enlightenment*, Garden City, N. Y., 1982. Todo ello nos retrotrae, de nuevo, al viejo ideal anglosajón de la Arcadia feliz y a unas aspiraciones revolucionarias muy propias del siglo de las luces y más relacionadas con la vuelta a los orígenes puros de las sociedades que con una auténtica sustitución de lo gastado por lo original o novedoso. La idea subyacente, auténticamente romana, no sería tanto la de una sociedad equivocada desde sus planteamientos sino la de una decadencia imparable que nos lleva desde las lamentaciones de Tácito y su admiración por las razas incontaminadas germánicas hasta el buen salvaje de Rousseau:

## THOMAS JEFFERSON: LAS LEYES ANTIGUAS Y LA NUEVA RAZÓN

El principal estadista que desarrolló el vínculo de unión latente entre la filosofía política, filosofía pagana y pensamiento cristiano de Roma y la sociedad americana fue, como en tantas otras cuestiones, Thomas Jefferson.

Para él, si alguna influencia ideológica cabe reconocer respecto al legado de los antiguos, ésta sería la de un republicanismo intensamente probado en el campo de la política real, principalmente en Roma. Las viejas disquisiciones filosóficas respecto al origen y la esencia del Estado perfecto y lo que él considera los sueños del platonismo, le dejan frío cuando no los considera perjudiciales: “Es una fortuna para nosotros que el republicanismo platónico no tenga la misma tradición que el cristianismo platónico —escribe Jefferson a su amigo John Adams— porque de ser así estaríamos todos, hombres, mujeres y niños, viviendo como bestias del campo o del bosque”<sup>22</sup>. Platón es un gran filósofo, pero su pensamiento político es irrealizable, de una oscuridad impenetrable y lleno de sofismas<sup>23</sup>.

Para Jefferson, la razón y el libre uso de la palabra y de la opinión es la única filosofía fáctica que cabe en política. La razón, como medio político, confiere a la democracia ideal tanto sus más firmes bases como su creciente secularización. En el centro de esa razón está el hombre como ser social pero también y sobre todo como individuo. Es la razón la que confiere a la democracia la superación de los partidis-

“Estoy convencido de que los germanos son indígenas y que de ningún modo están mezclados con otros pueblos (...). Han logrado mantener una raza peculiar, pura y semejante solo a sí misma (...). Ojos fieros y azules, cabellos rubios, cuerpos grandes (...) Y tienen algo que es el principal incentivo de su valentía: (...) la familia y el parentesco. Tienen a su lado a sus seres queridos y pueden oír el ulular de sus mujeres y los llantos de sus niños” (Tac., *Ger.*, 4, 1-3; 7, 3-4, ed. J. M. Requejo, Gredos, Madrid, 1999). La añoranza por la época en que supuestamente Roma se parecía a aquella sociedad y a aquel ejército de hermanos, que nos trae a la memoria de inmediato el ejército de hermanos, “the band of brothers” del Enrique V de Shakespeare e, incluso, “the band of brothers” de la Nueva Frontera de Kennedy, es una constante en Tácito: Tac., *Agr.*, 15, 4; 21,2; 30, 2-3; *Dial. de Orat.*, 12, 3-4 y el extenso y explícito pasaje de la misma obra sobre la educación en Roma, Tac., *Dial. de Orat.*, 28, 4-7 y 29, 1-3.

No sólo para estas fuentes latinas, Roma, en algún tiempo habría sido un pueblo joven y emergente (Flor., XVII, 22) como los bárbaros sino que era difícil imaginar cómo la libertad y la soberanía podían realmente pertenecer al pueblo si no era en el seno de estas sociedades incontaminadas y en gran medida inocentes que iniciaban su historia (Flor., I, XVII, 25, 5-7). Los Estados Unidos, en el comienzo de su independencia y aún mucho tiempo después, aproximadamente hasta el *New Deal*, se identificaban plenamente con esta situación y este contexto.

<sup>22</sup> Th. Jefferson, “To John Adams, Monticello, July 5, 1814”, *Letters*, New York, 1984, pp. 1342-43

<sup>23</sup> Es destacable la contradicción que se produce entre la letra redactada de la Constitución americana, en donde la base ideológica de la libertad individual es, en algunos aspectos, platónica, especialmente en cuanto a la libertad de expresión y el derecho a la búsqueda de la felicidad personal ( ver Plat., *Rep.*, VIII, XI, ) y la concepción del platonismo político como irrealizable y hasta despreciable en la experiencia política diaria de Jefferson, Washington e, incluso, de Abraham Lincoln. Tal vez una de las causas, aunque no la única, de este choque pudiera ser que la sociedad americana, creada en un ambiente vital de expansión y de conquista, nunca contempló el concepto de paz —esencial para Platón— y mucho menos la posterior idea ciceroniana de la concordia de los órdenes— —noción de herencia griega para ellos (Tuc., VIII, 97)— como imprescindible, ni siquiera importante para la perdurabilidad de la democracia ni para las libertades individuales. La coexistencia de democracia y libertad personal con un cierto grado de conquista y de violencia no sólo era posible sino favorable para la perfecta realización del individuo americano y, por consiguiente, de la República. Esta idea, como tantas otras, también tenía una importante base polibiana. Ver Polib., IV, 31, 1-8.

mos y la lucha de los vencedores por todos los individuos de la sociedad, incluídos aquellos que han votado o se manifiestan en contra, y creían que esta esencia se encontraba, de forma ideal en el mundo heleno y de manera más fáctica en Roma<sup>24</sup>. La libertad de expresión es el único medio por el cual la razón puede abandonar el ámbito del pensamiento y empezar a actuar sobre la realidad. Si Roma no hubiera permitido la libre expresión<sup>25</sup> y, aunque de forma imperfecta en comparación con los Estados Unidos, alguna aspiración de búsqueda de la libertad y la felicidad personal, el cristianismo nunca hubiera sido introducido y mucho menos habría ganado adeptos con tanta rapidez. Si el cristianismo no hubiese, después, erradicado de su seno los principios del libre uso de la razón, heredados del paganismo, no hubiera caído en la corrupción y la Reforma no se habría hecho necesaria<sup>26</sup>.

Thomas Jefferson, por su parte, había publicitado en Estados Unidos la creencia de que el sistema de leyes y libertades civiles de la república romana había sido el más ajustado al principio de justicia natural de todos los creados por el hombre y que era necesario considerar e incorporar a la legislación americana todo cuanto de él pudiese adaptarse a la nación en desarrollo<sup>27</sup>.

Jefferson transmitió a la nueva nación una forma de pensamiento y de acción que desplazó los antiguos conceptos del heroísmo grecorromano, de base mística y profundamente ligados a la cultura de la guerra estacional, a una concepción basada primordialmente en la necesidad de paz y del consenso necesario para ella. En su nuevo concepto de heroísmo, el legislador, el servidor público que genera las leyes precisas, sin importarle la oposición o las presiones de su entorno, sustituye como héroe del pueblo al guerrero<sup>28</sup> y el valor moral y cívico, parte importante de ese entendimiento de la “virtus” de forma polifacética, se impone –al menos a nivel teórico– sobre el valor físico, como mito de la civilización moderna y en una sociedad, como la americana, excesivamente volcada en el valor físico como base del individualismo. El mundo romano, que les sirve para las facetas de su ideología en que es necesaria una fuerte presencia del héroe guerrero, casi de inspiración divina, no les abandona tampoco a la hora de definir a este nuevo héroe de una legislación en desarrollo.

<sup>24</sup> D. C., *Epít.*, LXIII, 13, 1-4.

<sup>25</sup> D. H., X, 1, 2; X, 29, 5. La libertad de expresión era la base de la igualdad de derechos entendida por los norteamericanos como una aspiración que en Roma se desarrolló desde los inicios de las luchas entre patricios y plebeyos. La figura del tribuno de la plebe sería esencial como promotor de estos aspectos de las libertades públicas y por tanto de la democracia ideal aún a costa de la actuación violenta y revolucionaria que le confieren algunas fuentes y que los “padres de la patria” norteamericana, en plena guerra de independencia y en el surgimiento de su constitución, estaban dispuestos a aceptar como modelo.

<sup>26</sup> Th. Jefferson, *Notes on the state of Virginia*, XVII, New York, 1984, p. 285.

<sup>27</sup> Th. Jefferson, “To John Brazier, Poplar Forest, August 24, 1819”, *Letters*, New York, 1984, p. 1424.

<sup>28</sup> Fue ésta una fórmula que los mismos escritores de época de Augusto utilizaron profusamente. Una forma de propaganda institucional que los americanos considerarían, por tanto, un eco de la misma Roma, y que armonizaba a la perfección con el mito romántico del siglo de Augusto y con las fuentes que lo publicitaron, sustituyendo, paulatinamente, al héroe guerrero por el héroe pacificador y legislador, personificadas, ambas etapas, en Augusto. Verg., *Aen.*, I, 286-96 y Hor., *Carm., liber quartus*, XV, 4-16: (...) *Tua, Caesar, aetas / fruges et agris rettulit uberes / et signa nostro restituit Iovi / derepta Parthorum superbis / postibus et vacuum duellis / Ianum Quirini clausit et ordinem / rectum evaganti frena licentiae / iniecit emovitque culpas / et veteres revocavit artis, / per cuas Latinum nomen et Italiae / crevere vires famaque et imperi / porrecta*

## EL TEMOR A LA DICTADURA DE TRADICIÓN ROMANA

El tema de la figura del dictador, directamente concebido a la manera del dictador romano, designado por el Senado, constituyó una petición varias veces debatida durante la guerra de independencia y en el Congreso de los años inmediatamente posteriores. Fue una cuestión que dio muchos quebraderos de cabeza a los políticos y, en concreto, a Jefferson, quien se extendió considerablemente sobre la dictadura romana y la posible dictadura americana en los momentos en que la tentación aún era fuerte, los años de 1781 y 1782, precisamente cuando redactó uno de sus escritos fundamentales: *Notes on the state of Virginia*.

En diciembre de 1776, la Cámara de Delegados propuso designar un dictador investido de todos los poderes: legislativo, ejecutivo y judicial, civil y militar, con decisión de vida y de muerte sobre todos los ciudadanos y sobre sus propiedades y, en junio de 1781, en momentos de difícil acuerdo y de violencia, se llegó a la misma propuesta.

Jefferson pensaba que los defensores de tal medida se habían sentido seducidos por la figura del dictador, surgido de la República Romana, sin darse cuenta de que tanto las circunstancias como las constituciones eran diametralmente distintas. Por otra parte, la dictadura había sido fatal para Roma, al conducir, inexorablemente, a la monarquía. Su opinión se vería reafirmada para él, posteriormente, en Francia, con la figura de Napoleón.

Jefferson mantenía que la situación en Estados Unidos no requería una actuación tan drástica, aunque hubiera sido constitucionalmente posible, y una de las razones de ser de la Presidencia era impedir que lo fuera. Roma estaba dividida por tumultuosas facciones irreconciliables y el gobierno constituido por una oligarquía de origen aristocrático, enfrentada a las masas violentas y a menudo hambrientas de la plebe, prácticamente indefensas a la hora de arañar del Senado el mínimo privilegio. Al mantener esta teoría, Jefferson fue una de las primeras personas en América en hacer notar que la democracia romana era sólo un mito y la representación del pueblo en aquel Senado romano que los estadistas americanos tanto mencionaban, era una quimera<sup>29</sup>.

Además, la propia constitución romana preveía la designación de un dictador, de forma temporal. El “tirano”, según la terminología de Jefferson, devendría, de forma inevitable, en perpetuo al tener en sus manos todos los poderes para hacerlo y encontrarse el Senado anulado por su propia decisión.

Jefferson defendió, por tanto, el acuerdo fundamental de todos los americanos en unas libertades comunes, por debajo de sus problemas de interpretación y, sobre

---

*maiestas ad ortus / solis ab Hesperio cubili.* (Ed. Jaume Juan, Bosch, Barcelona, 1987). cf. Verg., *Aen.*, I, 286-96: *Nascetur pulchra Troianus origine Caesar, / imperium Oceano, famam qui terminet astris, / Iulius, a magno demissum nomen Iulo. / Hunc tu olim caelo, spoliis Orientis onustum, / accipies securo; vocabitur hic quoque votis. / Aspera tum positae mitescent saecula bellis; / cana Fides, et Vesta, Remo cum fratre Quirinus / iura dabunt; dirae ferro et compagibus artis / claudentur Belli portae: Furor impius intus, / saeva sedens super arma et centum vinctus aenis / post tergum nodis, fremet horridus ore cruento.* (Ed. Víctor José Herretero, Gredos, Madrid, 1985).

<sup>29</sup> Th. Jefferson, *Notes on the state of Virginia*, XIII, New York, 1984, pp. 252-53.

todo, la imposibilidad legal de que una constitución, concebida en términos democráticos, alumbre en su interior la bomba de relojería que puede hacerla estallar. Esta era la situación de Roma, que preveía la posibilidad de un tirano, nacido de sus propias instituciones.

Una de las cosas que más le preocupaba a Jefferson dejar claro era precisamente ésta: que bajo ningún concepto, el Senado de los Estados Unidos debía consentir enmienda constitucional alguna que pudiese colocar, en algún momento de la historia, al propio senado bajo la voluntad de hombre alguno, y de la misma forma debían protegerse las otras ramas del Gobierno: la Cámara de Representantes, el Presidente y el poder judicial<sup>30</sup>.

La propaganda de herencia romana, que servía a los fines de la revolución y al institucionalismo posterior, y que el mismo Jefferson había propagado desde la Declaración de Independencia, se le antojaba ahora un arma de doble filo y cada vez más peligrosa: existía la posibilidad de que el precedente de la supuesta democracia romana se tornase en el precedente aceptable de la opresión contemporánea<sup>31</sup>.

## EL ORDEN ESCLAVISTA

Las grandes tensiones entre federales y confederados acerca del tema de la esclavitud, que serían una de las causas –aunque no la única ni la principal– de la guerra civil, no eran tan fuertes en los inicios de la Unión<sup>32</sup>. Los federalistas, más que argumentar en contra del modo de producción de los estados agrícolas –cuando la agricultura era esencial incluso en el norte– trataron de limar asperezas, contrarrestar la voz de los abolicionistas y conjugar la esclavitud con su nuevo Estado. Pero, ¿cómo podía convivir la esclavitud con el cristianismo que abanderaba su nacimiento como Estado y, sobre todo, con los principios de igualdad, libertad personal y búsqueda de la felicidad que proclamaba su Declaración de Independencia y su Constitución? La forma en que interpretaban el mundo esclavista romano y la pervivencia de fórmulas de esclavitud durante el Imperio cristiano, tuvo mucho que ver en la conservación de esta contradicción americana que, finalmente, se haría demasiado insostenible.

Aunque es evidente que el argumento principal de los abolicionistas era moral<sup>33</sup>, fuera de sus círculos no es fácil encontrar oposición, ni siquiera juicios morales

<sup>30</sup> Th. Jefferson, *op. cit.*, p. 254.

<sup>31</sup> Th. Jefferson, *op. cit.*, p. 255.

<sup>32</sup> De hecho existía, sin aparentes fricciones ideológicas, una auténtica sociedad de clientelas en torno a las grandes familias poseedoras de la tierra. Un cierto número de “libertos” y de esclavos fueron armados, sin temor, por estas familias durante la guerra de independencia (ver Caes. *B.C.*, I, LXXV, 2) y no parecían importantes ni las dialécticas ni las tensiones abolicionistas mientras el conflicto duró ni en los años constituyentes inmediatamente posteriores.

<sup>33</sup> Uno de los estudios introductorios más interesantes sobre las diferencias de visión y juicio moral entre los antiguos y la mentalidad contemporánea acerca del tema de la esclavitud es el libro de M. I. Finley, *Esclavitud antigua e ideología moderna*, Ed. Crítica, Barcelona, 1982.

sobre la legitimidad de la esclavitud antigua. Los norteamericanos estaban seguros de que la esclavitud no tenía contenido moral para los antiguos romanos y ellos tampoco le daban, a finales del siglo XVIII, tal contenido. Por el contrario, les parecía condición sin la cual nunca se podría haber producido la expansión política y comercial de Roma. Esta visión, junto con la ética protestante –según las confesiones de mayor o menor influencia calvinista–, proclive a primar el beneficio económico como base de la prosperidad y la felicidad; una muy interesada interpretación de la Biblia, que llegaba a justificar como orden divino la separación de las razas y la superioridad de la raza blanca<sup>34</sup>, y la influencia de los principios del utilitarismo<sup>35</sup>, crearon el ambiente adecuado para que el orden social y económico de base esclavista se perpetuara, durante décadas, como necesario y justo en la nación de la libertad.

Jefferson, todavía hoy uno de los grandes héroes de la ética nacional, defendía, desde un agudo paternalismo, el orden esclavista con argumentos que evidenciaban –por debajo del miedo a romper un modo de producción aparentemente insustituible y una fórmula de vida secular, sobre todo en los estados del sur– el eterno temor de la sociedad americana a la mezcla de razas. Sus argumentos dejan escapar grandes dosis de autojustificación, por comparación con la antigüedad romana.

Para Jefferson, los esclavos antiguos, especialmente los de Roma, estaban, en cualquier época, mucho peor tratados que los negros. A pesar de ello, surgieron, de entre sus filas, artistas y filósofos de relieve, como Epicteto, Terencio y Fedro, pero todos ellos eran blancos<sup>36</sup>. Su discurso se dirige a la demostración de la teoría de que los negros, y también los indios, son razas inferiores, no comparables a aquellos esclavos de los que surgieron tan preclaros ejemplos. La diferencia evidente de facultades entre las razas –concluye Jefferson en 1782– es el principal obstáculo para emprender la educación de los esclavos y, por consiguiente, para llegar a la emancipación y el disfrute de las libertades de las razas no blancas en América<sup>37</sup>.

Sin embargo, hacia el final de su vida, Jefferson comenzó a vacilar sobre la verdad y sobre todo la utilidad de sus anteriores opiniones acerca de la esclavitud y es que a partir de las primeras décadas del siglo XIX el conflicto entre los estados del

---

<sup>34</sup> En este aspecto, les fue de especial utilidad y a pesar de la acendrada animadversión de algunos pensadores americanos hacia el aristotelismo, la defensa de Aristóteles de la esclavitud –si bien más como instrumento de servicio público y doméstico que como forma de producción (Arist., *Pol.*, I, II, 3-4)– basada en los principios de superioridad e inferioridad de la naturaleza de los seres humanos, que la sociedad norteamericana pronto convirtió en un principio de raza: “(...) Therefore all men that differ as widely as the soul does from the body and the human being from the lower animal (and this is the condition of those whose function is the use of the body and from whom this is the best that is forthcoming)– these are by nature slaves, for whom to be governed by this kind of authority is advantageous (...). For he is by nature a slave who is capable of belonging to another (and that is why he does so belong), and who participates in reason so far as to apprehend it but not to possess it (...)”. (Arist., *Pol.*, I, I, 13, ed. H. Rackham, The Loeb Classical Library, Harvard Univ. Press, Cambridge, Mass., 1959).

<sup>35</sup> Movimiento filosófico y político que sostenía como valor supremo la utilidad. Su fundador fue el filósofo y jurista inglés Jeremy Bentham (1748-1832), definidor del principio ético de la mayor felicidad posible.

<sup>36</sup> Utiliza como fuentes, el *Catón* de Plutarco y la *Odisea*, 17, 323.

<sup>37</sup> Th. Jefferson, *Notes on the state of Virginia*, XIV, New York, 1984, pp. 269-70.

norte y los del sur empezó a agudizarse de forma alarmante y no sólo adquirió una dimensión real sino también un aspecto plenamente romántico, casi visionario, que los europeos, especialmente Chateaubriand, se encargaron de propagar.

Para Chateaubriand, Grecia y Roma representaban sólo la infancia de la libertad y los Estados Unidos podían llevar la esencia de esa libertad individual y de la grandeza estatal a una madurez plena, preservada por los principios del cristianismo, siempre y cuando extirpasen de su nación el modo de vida del sur porque todas esas perspectivas podían verse frustradas por la división nacional a causa del problema de la esclavitud.

¿Cómo podía una nación convertirse en ejemplo del mundo mientras los representantes de Virginia decían defender la libertad que iniciaron griegos y romanos sin superar en su seno la vergüenza que limitó la grandeza de los antiguos: la esclavitud?

¿Cómo podía debatirse con ellos tema alguno si todos los esfuerzos y dinero de los estados esclavistas estaban únicamente dirigidos a preservar su producción y a elaborar talentosas formulas de filibusterismo político para bloquear a los representantes de Massachusetts, que trataban de construir un sistema de libertad moderna y cristiana, aboliendo la esclavitud y prescindiendo de aquellas instituciones de Roma, que no eran dignas de imitación?<sup>38</sup>.

Así, mientras los románticos franceses e ingleses veían el enfrentamiento entre norte y sur como una lucha entre el bien y el mal y un esfuerzo titánico por conseguir un nuevo amanecer de la humanidad, en tierras americanas, alguno de estos mitos romanos, que los federalistas consideraban indignos de imitación y constituían un legado ambiguo y un arma de doble filo fueron, sin embargo, amplia y muy conscientemente explotados. De este modo, la idea de una expansión de finalidad civilizadora, a fin de imponer una nueva *pax romana*, que permitiese la *prosperidad*, arrojó la sangrienta conquista del oeste y la invasión de México, y ya no tan lejano el definitivo enfrentamiento armado, Margaret Fuller, como muchos románticos americanos, ironizaba amargamente sobre hasta qué punto habían conseguido su sueño de ser iguales a Roma:

“...Efectivamente, en ningún lugar está más viva Roma en el presente que en América. Mi patria, actualmente, se ve expoliada por la prosperidad, estupidizada por el afán de lucro, asolada por el crimen en su desesperado intento de preservar la esclavitud, avergonzada por una guerra injusta<sup>39</sup>, con sus nobles sentimientos olvidados por la mayoría de los individuos, con el espíritu de sus políticos convertido en egoísta o incompetente, con su literatura frívola y vanalizada”<sup>40</sup>.

<sup>38</sup> F. R. de Chateaubriand, “The United States Today”, *Travels in America 1827*, New York, 1969, pp. 40-41.

<sup>39</sup> Se refiere a la guerra por la anexión de los territorios del norte de México.

<sup>40</sup> M. Fuller, “Spoiled by prosperity”, *Writing 1848*, en Ch. Rick y W. L. Vance (eds.), *The Faber Book of America*, London, 1994, p. 175.

